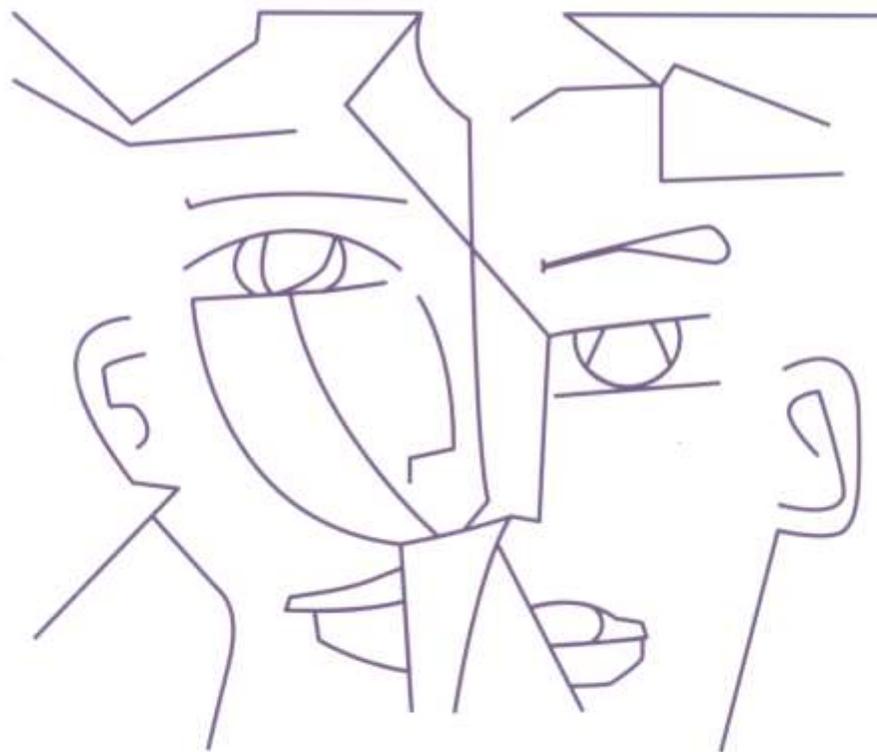


ENCRUCIJADAS DE LA IDENTIDAD



Marco Urdapilleta Muñoz y Mijaíl Malishev

COORDINADORES

ENCRUCIJADAS
■● DE LA ●■
IDENTIDAD

Homenaže a Vladimir Jvoshev
В честь Владимира Хвоцџева

ENCRUCIJADAS —• DE LA •— IDENTIDAD

Marco Urdapilleta Muñoz
Mijaíl Malishev
COORDINADORES



ENCRUCIJADAS DE LA IDENTIDAD

Marco Urdapilleta Muñoz y Mijail Malishev
Coordinadores

Primera edición: octubre de 2019

ISBN 978-607-633-082-1 (impreso)

ISBN 978-607-633-086-9 (PDF)

© Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100 Ote.
C. P. 50000, Toluca, Estado de México.
<http://www.uaemex.mx>

La presente investigación se privilegia con el aval de dos pares ciegos externos que aprobaron publicar este libro.

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.

En cumplimiento del Reglamento de Acceso Abierto de la Universidad Autónoma del Estado de México, la versión PDF de esta obra se pone a disposición del público en ri.uaemex.mx para su uso en línea con fines académicos y no de lucro.

Hecho e impreso en México

Índice

- 7 Palabras preliminares
Marco Urdapilleta Muñoz
- 10 Предварительное замечание
Марко Урдапильета Муньос
- 15 **I. MIRADA LATINOAMERICANA**
- 15 El discurso de la identidad cultural venezolana en la República Bolivariana
Marco Urdapilleta Muñoz / Miguel Ángel Sobrino Ordóñez
- 31 Liberación, mestizaje e hibridismo: interculturalidad y sujeto en América Latina
Stefano Santasilia
- 45 El continente sumergido: implicaciones entre afectividad e intersubjetividad en la fenomenología de Marc Richir
Davide Eugenio Daturi
- 59 Reflexiones desde la filosofía en torno al tiempo festivo en el ensayo: "Todos Santos, Día de Muertos" de Octavio Paz
Óscar Juárez Zaragoza
- 71 Simón Bolívar y "El discurso de Angostura"
Robert Stingl
- 95 La búsqueda de la identidad de los pueblos originarios de América Latina, a través del pensamiento del obispo Samuel Ruiz García
Juan Monroy García

117 **II. REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE IDENTIDAD**

- 117 **Identidad personal y devenir humano. Breve reflexión a partir de la fenomenología dialéctica**
Roberto Andrés González Hinojosa
- 131 Проблема практического бессмертия человека и его идентичности
Игорь Вишев
- 141 Взаимосвязь самоидентичности как критерия политического выбора с важнейшими методологическими атрибутами гендерной истории и истории повседневности
В. А. Журавлева
- 157 Отчуждение и мечта об идентичности при капитализме и социализме: возможности понимания западного и российского общества. Человек в истории
Станислав Некрасов
- 183 Признание и идентичность
Михаил Малышев
- 205 La relación entre términos correlativos. Su importancia
Hermínio Núñez Villavicencio

II. REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE IDENTIDAD

Identidad personal y devenir humano. Breve reflexión a partir de la fenomenología dialéctica*

Roberto Andrés González Hinojosa
Universidad Autónoma del Estado de México

LOS ORÍGENES del presente trabajo hunden sus raíces en la preocupación filosófica por el ser del hombre. Se ha intentado una reflexión antropológica a partir de dos nociones clave en la configuración temática del ser de éste: por un lado, la idea de identidad y por otro, la idea de devenir. Consideramos que el aporte de la presente meditación consiste en que se investiga rigurosamente la noción de identidad personal, pero desde el horizonte del cambio. Esto resulta un poco inaudito, ya que en la tradición el pensamiento se había acostumbrado a operar separando el devenir respecto de la permanencia. No obstante, consideramos que desde el planteamiento que se esgrime en el presente trabajo se torna susceptible la idea de que la identidad llega a ser posible, habida cuenta de que ésta es correlativa y hasta producida por el mismo devenir. Aclaramos que esta meditación se ha desarrollado a partir del camino abierto por la fenomenología dialéctica. La secuencia de nuestra exposición está estructurada básicamente en dos momentos: primero se aclara escuetamente la noción de fenomenología dialéctica y después se hace una exposición de corte ontológico acerca del problema de la permanencia y el cambio, pero con un énfasis marcado en el relieve o geografía del ser del hombre.

ПЕРСОНАЛЬНАЯ ИДЕНТИЧНОСТЬ И СТАНОВЛЕНИЕ ЧЕЛОВЕКА. КРАТКОЕ РАЗМЫШЛЕНИЕ, ОПИРАЮЩЕЕСЯ НА ДИАЛЕКТИЧЕСКУЮ ФЕНОМЕНОЛОГИЮ
Роберто Андрес Гонзалес Инохоса
Автономный университет штата Мехико

En este sentido, consideramos pertinente comenzar esta exposición aclarando brevemente la noción de fenomenología dialéctica,¹ toda vez que semejante término se encuentra anunciado, desde el inicio, en el título que encabeza la presente investigación. Así, esta nomenclatura es el resultado de la entreveración de dos nociones preminentes de la filosofía: la fenomenología y la dialéctica, reactualizadas de una manera novedosa y audaz por Eduardo Nicol (1907-1990). Cabe mencionar que este último, en aras de la configuración de un nuevo comienzo para la filosofía, se ha atrevido a reorientar y renovar el sentido de los términos referidos, de tal suerte que ha bautizado, en su época de madurez, a su propia propuesta filosófica bajo este nombre, pues desde su punto de vista "la filosofía no ha sido dialéctica y fenomenológica cabalmente" (Nicol, 2001a: 155), o al menos no en el sentido en que lo va a plantear. Pero ¿cómo se lleva a cabo este sesgo, en donde la filosofía contemporánea se va a abrir paso justo a través de la fenomenología dialéctica? Para comprender un poco esto, vale la pena aclarar que la posibilidad de esta postura filosófica se va a fundar en la confección de una manera ingeniosa de dos acepciones:

En primer lugar, en el reconocimiento de la visibilidad (que vale decir *fenomeneidad* —estado de presencia—) del ser, en el entendido de que "el ser como tal no es misterio para el hombre, sino que es la más primitiva y segura de nuestras posesiones" (Nicol, 1957: 207). Esta afirmación resulta inquietante, pues parece navegar a contracorriente invirtiendo el orden del discurso del método y de los términos de la búsqueda, colocando como lo más inmediato al ser en cuanto que visible. El ser es la primera de nuestras posesiones y la más segura: la evidencia de la presencia del ser se encontraría en la base como punto de partida para cualquier suerte de búsqueda ulterior: "En verdad lo que percibimos primero es la presencia del ser" (Nicol, 2003: 77). Para tener al ser como lo primero en el orden de lo dado y en el orden del conocer, Nicol tiene que llevar a efecto tremendos ajustes al método y verse enfrentado contra la tradición, pues desde esta última se había concebido habitualmente al ser como un problema o bien como una instancia ulterior de llegada. En *Historicismo y existencialismo. La temporalidad del ser y la razón* (1950), el autor se ve orillado a cimentar un nuevo camino o proyecto para el porvenir del pensamiento filosófico, caracterizado por la recuperación del

¹ Para quien desee ahondar más en esta noción puede consultar nuestro texto *Estructura de la ciencia y posibilidad del conocimiento*, p. 159ss. Ahí hemos realizado un estudio exhaustivo y minucioso de esta noción en medio del contexto del concepto de método desde la obra de Nicol.

tiempo como la forma propia de lo dado, en otras palabras, intenta devolver la temporalidad al ser, ocasionando la restitución de la visibilidad como la forma común del ser, en virtud de que lo percibido es aquello que deviene (el devenir queda constatado desde la misma percepción común), pues lo que vemos es al ente transcurriendo; devenir y ser no pueden desglosarse, ya que el devenir patenta de suyo el dato de la efectiva presencia del ser, la cual no puede ser escamoteada o devaluada trasponiéndola detrás de lo que se ve o detrás de lo que deviene: para Nicol no hay dos realidades, una traspuesta a la otra, sino una, la cual está explayada sin más en el horizonte del devenir. El epílogo del título de la obra en cuestión revela que la temporalidad es una nota intrínseca al ser y la razón. Por ello, Nicol insiste en que el ser, lejos de ser un misterio, es un fenómeno (es un dato —punto de partida—) y equipara la fenomenología con “nuestro sistema natural de conocimiento y expresión” (Nicol, 1990: 268), porque no hay dos seres y porque el sujeto se encuentra siempre en medio y frente al fenómeno de lo dado.

En segundo lugar, está el reconocimiento de que la dialéctica no es ninguna alternativa u opción en filosofía “es antes bien la operación natural de la razón” (Nicol, 2001a: 180). Cabe aclarar que el adjetivo ‘dialéctica’ es conveniente exclusivamente con el ser del hombre y no con lo dado o con la naturaleza, la cual es efectivamente devenir y evanescente, pero no dialéctica, puesto que la noción misma de dialéctica anuncia de suyo un contraste entre dos logos, es decir, nos habla del acoplamiento entre dos seres lógicos o simbólicos. En manos de Nicol ésta es la novedad del término y lo desarrolla cabalmente en su obra *La metafísica de la expresión* (1957). En este trabajo ya se anticipa la posibilidad de un nuevo inicio y refundamentación de la filosofía; se lleva a cabo el reconocimiento de que el ser del logos es de suyo dialéctico, esto es, siempre está expuesto y en interacción con otro ser simbólico, el logos es tras-logos: “el logos es como un organismo viviente, procreado para innumerables fines expresivos. Desde la simple identificación nominal de un objeto, hasta el discurso científico más elaborado, el fin del logos es la captación del ser” (Nicol, 2001a: 228). Esto quiere decir que si bien el ser, en cuanto fenómeno, es la más segura de nuestras posesiones, esta adquisición no la logra cada cual de manera aislada, sino mediante el concurso del otro: la evidencia se consigue mediante una operación dialéctica, o sea, simbólica. Así la filosofía habrá de volverse dialéctica, porque no se hace nunca a solas, y ha de ser fenomenológica, porque su consigna consiste en dar razón de aquello

que aparece (fenómeno). En Nicol la fenomenología se vuelve dialéctica, y la dialéctica fenomenología, es decir, fenomenología dialéctica. "La fenomenología obedecería a la forma de ser y aparecer del objeto, mientras que la dialéctica obedecería a la manera de realizar la descripción de ésta por parte del sujeto. El ser está presente, es el logos quien mediante la palabra gestiona dialécticamente la evidencia" (González, 2010: 162). De aquí, deriva otra consecuencia: para el autor, el hombre ya sea de ciencia, ya de la calle es de suyo fenomenólogo, pues tanto uno como el otro, da cuenta al otro de lo dado: "todos hablamos de lo que vemos. Todos hacemos fenomenología" (Nicol, 1990: 267). Si bien es cierto que para Nicol todo hombre procede fenomenológica y dialécticamente ante lo dado, también resulta verdad que hay un punto de quiebre en el que se distingue el conocimiento científico del conocimiento vulgar, tal punto está marcado justo por la vocación.² Todo conocimiento es de suyo fenomenológico, no obstante, sólo el que está en su base promovido por el amor a la verdad se le puede adjetivar como conocimiento científico: filosófico. De esta manera se traza uno de los más grandes empeños del autor: no en trastocar a la filosofía en científica, sino que la ciencia retenga el insigne título de *philo-sofía*. Este es el noble plan enderezado hacia la reforma de la filosofía, la cual es abordada en su obra *La reforma de la filosofía* de 1980, en la que se separa de la tradición, haciendo ver que el camino del porvenir de la filosofía no es la emulación de la ciencia (Kant, Husserl), sino restituir el amor a la verdad como fundamento existencial tanto de la ciencia como de la filosofía.

Ahora bien, hasta aquí hemos realizado este pequeño excurso con dos propósitos: demarcar terminológicamente el significado de la fenomenología dialéctica y despejar el camino hacia el problema de la identidad personal. Toda vez que semejante planteamiento nos sugiere la reflexión de la identidad, pero desde el horizonte del devenir. Nos encontramos en medio del augusto problema de la permanencia y el cambio. Lo propio del esfuerzo presente estaría matizado por el hecho de que semejante planteamiento estaría empeñado específicamente en torno al fenómeno del ser del hombre.

² En nuestro trabajo mencionado, *Estructura de la ciencia...* justo en el apartado titulado "Una palabra en torno al sistema de los principios de la ciencia" p. 112ss, hemos tematizado con mayor profundidad el sentido de la noción de vocación. Esta noción se revela como el principio que propicia la unidad justamente del conocimiento científico, pues para el autor un conocimiento científico para ser tenido como tal no es suficiente que sea riguroso o exacto, hace falta además que esté fundado sobre el principio vocacional (amor a la verdad). La restitución de la vocación como fundamento de la ciencia, es el planteamiento principal en su obra titulada: *La reforma de la filosofía* (1980).

Es sabido que una de las principales fuentes de donde abreva y se nutre la fenomenología dialéctica es Heráclito, ya que su pensamiento parte del reconocimiento tanto del devenir como de la pluralidad del ente; sus datos son los primeros que dibujan la posibilidad de la investigación de la naturaleza; no son construcciones de teoría, puesto que la razón sólo da cuenta de lo que le sale al paso en tanto que diverso y cambiante: todo lo que es, es decir, todo ente (es de suyo diverso y cambiante) se transforma. Ahora bien, si todo está en devenir, ¿de qué manera se podría columbrar lo que permanece?, el mismo efesio ha insistido en que en medio de la vorágine del devenir hay algo que se sustrae al cambio. ¿Qué es aquello que se sustrae al cambio? Heráclito contesta a esta cuestión bajo los siguientes términos: "Al cambiar reposa" (B 84);³ esta proposición, hace referencia a la ley del cambio. Todo cambia en el orden de lo real con necesidad absoluta, excepto la misma ley; lo único permanente en el orden de lo real es el cambio mismo. Hay que entender que lo que cambia, siempre deviene con orden y medida, siendo esta medida lo que permanece en el cambio mismo. Por su parte, Nicol asume cabalmente este legado afirmando que "todo cambia menos la ley que rige el cambio" (Nicol, 2003: 41), porque permite el cambio de lo que cambia, y al soportar el cambio gana su no-cambio (permanencia). Lo que permanece y lo que cambia, no se pueden separar, ambas formas de ser están irremisiblemente referidas una a la otra, aunque no son reductibles a una misma cosa. Lo que cambia es una cosa, mientras que el devenir no es una cosa.

Nicol responde la pregunta por la razón del cambio de las cosas, apelando a la naturaleza contingente del ente, es decir, para éste todo en el orden de lo real deviene en virtud de su insuficiencia. El devenir y la insuficiencia del ente constituyen un hecho, y la razón del porqué de este concierto evanescente radica en que ningún ente, en cuanto tal, es necesario ni suficiente: "diríamos que el devenir es la insuficiencia puesta en marcha: la limitación del ente no es meramente periférica, sino razón interna del dinamismo" (Nicol, 2001b: 218). No obstante, el dinamismo del ente no es una invención de teoría, sino un dato del cual tiene que partir cualquier investigación en torno de lo real.

Con base en lo inmediatamente esgrimido nos encontramos frente a tres datos: la pluralidad de lo que es, el devenir de lo dado y la ley del cambio que,

³ Empleamos aquí la versión de Rodolfo Mondolfo, *Heráclito, textos y problemas de su interpretación*, la notación es de Diels Kranz. Cotejado a su vez con, Heráclito en, *Los filósofos presocráticos I*, versión castellana de Conrado Eggers Lan y Victoria E. Julia, Biblioteca Clásica Gredos.

no siendo una cosa o ente, se sustrae al cambio mismo. Tanto el devenir como la pluralidad son objetos inmediatos de visión, no así la ley del cambio, la cual no se ve, pues no es una cosa, sino que se entiende a partir de lo que se ve y no más allá, porque no hay en Heráclito dos seres o dos realidades: el ser es uno: "este cosmos es uno y el mismo para todos" (B 30). Decir que todo se transforma a excepción de la ley que rige el cambio, es afirmar que el fluir de las cosas no acaece sin racionalidad, sino que todo al cambiar mantiene una regularidad o un orden. Todo lo que deviene acontece conforme a razón. Heráclito decía que "lo común a todo es la razón" (B 1), "pues todo deviene conforme al logos" (B 2), en otras palabras, lo común en el ser es el cambio y su forma, la cual nos devela que lo permanente no es un ente, sino la forma precisamente del cambio.

Todo lo que es cambia, se transforma y por su contingencia ninguna existencia es indispensable o necesaria, todas son posibles, pero una vez instaladas en el claro del ser ocuparán cada cual su lugar y serán "llevadas a pastar mediante latigazos" (B 11), la posibilidad de ser en el claro de las cosas de la naturaleza desaparecerá al arribar a la existencia: las cosas son como son, según su naturaleza y no más. Es el logos quien constriñe su decurso en el ser y no permitirá que se abismen de su cauce, como dice Heráclito: "El sol, pues, no traspasará sus medidas; si no las Erinnias, ministras de Dike, sabrán encontrarlo" (B 94). No obstante, si bien es cierto que en el horizonte de la naturaleza la posibilidad está agotada cuando el ente ha advenido a la existencia, y su despliegue le será marcado irremisiblemente por el logos; también resulta cierto que Heráclito reconoce que el devenir en el ser del hombre procede de otra manera: "es propio del alma un logos que se acrecienta a sí misma" (B 115), esto significa que la posibilidad de ser (cualitativamente) persistirá en el horizonte del ser del hombre, el cual no se atiene a la pura necesidad natural, sino que tiene que vérselas a fin de acrecentar su propio ser. Y en esto se marca la gran diferencia entre el ser natural y el ser humano, ya que el ente natural, una vez instalado en el cosmos, carecerá por completo de "posibilidades". Éste será en sí algo completo en movimiento; será como es y no podrá ser de otra manera. Por el contrario, el hombre es un ente condenado a recorrer (ampliar) existencialmente mediante sus propias fuerzas los confines de sus límites a lo largo de toda su vida, ensanchándolos conforme a sus posibilidades, capacidades y disposición.

Es importante subrayar que el cambio en los diferentes órdenes del ser puede ser atestiguado por la experiencia común, vemos como cambian las

estaciones del año, como fluye el agua de un río y como un ser humano se va transformando con el paso de los años. Sin embargo, el cambio no acontece de la misma forma en la naturaleza que en el hombre. Dice Nicol que se debe distinguir la forma del cambio en los entes naturales y en el hombre, ya que no se esencia el tiempo en todos los entes de la misma manera.

Veamos esto con un poco de más calma. El tiempo en el ser del hombre adquiere cierta peculiaridad, de tal manera que "la 'forma' es una constante del ser, no obstante, la forma en y del hombre es de tal suerte que se transforma" (Nicol, 1981: 5). En este punto, podemos encontrar la pieza clave que marca la diferencia específica entre lo humano y lo no humano, además de que se nos ha abierto el camino para la investigación de la identidad personal a través de la tematización del fenómeno del cambio. Al afirmar que la forma en el ser humano se transforma es reiterar lo dicho por el efesio, cuando afirmaba que le es propio al alma un logos que se acrecienta a sí mismo. El crecimiento no le viene impuesto al hombre desde afuera por una ley natural ni por orden divina, sino que es producto de su propia promoción.

Esto nos habla de que para Nicol una de las pautas viables para la investigación del ser del hombre y sus posibilidades es a través del contraste con lo que no es él mismo, es decir, entre el orden de la *praxis* respecto al orden de la *physis*, toda vez que estas constituyen los dos órdenes de lo real, la primera es histórica, mientras que la segunda sería ahistórica. Ambas comparten en común el devenir, pero en cada una sucede de una manera diferente, de tal suerte que por el devenir se distinguen y al mismo tiempo se reúnen. En el proceso de cambio de cada una de ellas se suscita la *permanencia*, la cual para una vale como una especie de aval de "reiteración" en su ser completo pero cambiante, mientras que en el orden de la *praxis* le vale como testimonio fidedigno de su "mismidad", le marca pauta para atisbar aquello que aquí nos hemos propuesto bajo la noción de *identidad personal*, pues cada hombre, siendo muchos por el abanico de posibilidades en su propio despliegue, es uno mismo.

Vale la pena aclarar que el autor catalán, imbuido en el proyecto de su reforma y revolución⁴ en la filosofía, se ve compelido metodológicamente a distinguir entre la noción de 'mismidad' y la noción de 'identidad', pues "idéntico" sería aquello que se sustrae al tiempo, mientras que la mismidad

⁴ El principio de la *revolución* en filosofía, Nicol la plantea bajo los siguientes términos: 'el ser no es problema sino punto de partida; este empeño aparece bien dibujado en su obra titulada, *Crítica de la razón simbólica, la revolución en filosofía* (publicado en 1982), *passim*.

sería una cualidad que se va adquiriendo y ganando sólo en el decurso del tiempo. Destacamos que aun cuando Nicol se resiste al concepto de 'identidad', el uso que hace de la noción de mismidad da cabal cumplimiento a nuestro anhelo temático, ya que nos abre el camino hacia la idea de la 'identidad personal' y creemos que no se violenta el espíritu del autor cuando usamos esta otra noción, toda vez que este concepto se encuentra enderezado única y exclusivamente hacia el ser del hombre; esto es, cuando aludimos a esta noción de identidad personal no queremos insinuar que el ser del hombre esté sustraído al tiempo, sino que insistimos en que el hombre, en el proceso de su construcción, va atravesando por diferentes posibilidades, las cuales le van confiriendo la unidad de un rostro propio, y éste sería justamente su identidad. Afirmar que el ser del hombre posee una identidad, no implica que sea idéntico, sino que es una tarea en proceso.

Ahora bien, con respecto a la distinción entre la forma del tiempo de la naturaleza y la forma del tiempo del hombre Nicol comenta: "En la naturaleza, que es ser cambiante, lo permanente es la forma del cambio. Por esto su devenir es previsible, [por el contrario] en el ser vocacional [el hombre] el devenir es la forma: la forma de ser es la constante renovación. El cambio de este ser es la historia [...] no es un cambio previsible" (Nicol, 1980: 187). Un rasgo distintivo entre lo humano y lo no humano es que en lo no humano resulta posible el establecimiento de leyes que permiten la predicción; sobre este supuesto se funda la posibilidad de la ciencia causal. Mientras que en lo humano el devenir mismo es la forma (la forma del tiempo del hombre es la historia, o viceversa), la historia es el nombre que cualitativamente adquiere la forma del tiempo del ser del hombre. Esto complica e inhibe la posibilidad de una estricta predicción de los fenómenos humanos, ya que el hombre por naturaleza es impredecible. Por esto mismo, la noción de "ley histórica" habrá de utilizarse con ciertas restricciones, ya que en el orden de lo histórico muy poco caben las predicciones por la ambigüedad peculiar y exclusiva del cambio en el ser del hombre: éste es de suyo un ser imprevisible y desconcertante.

El devenir en el ser del hombre se da con cada uno de sus actos, el cual acontece estructuralmente en el claro de una serie de relaciones cuyos polos son inalterables,⁵ pero en el acto de definición de cada relación se torna mul-

⁵ Hablamos aquí de los extremos relacionandos o polos de referencia, los cuales, en efecto, son inalterables, ya que cada hombre, cualquiera que sea su situación, se encuentra en cierta relación con alguno de estos polos: la divinidad, la naturaleza y el semejante. Esta inalterabilidad de polos no pone en

tívoco. El hombre "puede relacionarse con el prójimo, con la naturaleza y con los dioses" (Nicol, 2003: 29). Todo hombre tiene que vérselas con estos, tal es el caso del ateo, quien al no creer en dios está confirmando su relación con la divinidad. Lo mismo puede decirse del pietista, quien al asumir como norma de su conducta la existencia de dios, define con ello su relación con la divinidad. Este "trinomio" de posibles relacionandos es siempre el mismo, pues cada hombre estructura su existencia en medio de semejantes referencias. El hombre siempre vive en relación vital y no puede existir, sino relacionándose con el prójimo, con la naturaleza y con la divinidad; estas alternativas son las únicas y constantes posibles. El "modo" de definir cada relación en cada situación es siempre distinta y única para cada sujeto.

Podría decirse que el sujeto se va singularizando temporalmente; se individualiza en el orden del tiempo. A través del modo de estrechar y de definir en cada caso sus relaciones, es como cada individuo se torna y se erige singular, es decir, diferente y único respecto a los demás. En cada momento y situación su estar relacionado es único, exclusivo e irrepetible. Con cada acto el sujeto se torna en una diferencia, respecto a sí y respecto a los demás también; siendo así que cada cual nunca vuelve a ser lo que ya fue, porque nunca vuelve a hacer lo que ya hizo. No obstante, la pluralidad de sus acciones o decisiones le van marcando la pauta para la unidad de su identidad.

Todo acto es histórico, porque deviene humanamente en el tiempo, lo cual indica que todo acto es un cambio histórico, porque todo cambio histórico se lleva a efecto a través de un acto.⁶ Para comprender a detalle este cambio, vale decir cambio cualitativo, efectuado por el ser del hombre, el cual nos lleva finalmente hasta el umbral del "proceso histórico", tiene que realizarse una pequeña radiografía de la fisonomía del acto mismo, desde la perspectiva del autor mexicano-catalán, mediante la comprensión de este mecanismo existencial puede explicarse la unidad e identidad del ser humano.

El autor ha intentado exponer con lujo de detalle la fisonomía de la estructura del cambio (o acto) y del proceso de la historia. En alguna parte nos dice que en todo acto se encuentran involucrados de una forma interactiva

entredicho el devenir del ser del hombre, por el contrario, sirve para demarcar la estructura de la ruta de su dinamismo y desenvolvimiento en el tiempo y el espacio.

⁶ Vale la pena aclarar que, para Nicol, acto es algo que de suyo pertenece exclusivamente al ser del hombre, esto es, sólo el hombre es el único ser que posee actos, pues es el único que necesita actuar para ser. Cfr. Nicol, 1997: 10.

tres factores: "la necesidad", "el azar" y "la libertad" (Nicol, 2003: 60ss). La *necesidad* es lo dado como condición de nuestro ser y no depende de nuestra voluntad, pues llega a nosotros de una manera externa, pero también puede operar de una manera interna: la necesidad biológica de nuestro cuerpo, sus necesidades fisiológicas, tipo de sangre, etc. Así también, el pasado (que ya fue) que nos alcanza, que no depende de nuestro arbitrio y que es la herencia milenaria de nuestro pasado constituye la necesidad que nos afecta y que llega a nosotros de una manera externa. El otro factor implicado en cada acto es el *azar*, el cual puede entenderse como lo imprevisto o lo inesperado, lo que sucede fortuitamente sin aguardarlo; sin embargo, está ahí como latencia y como realidad afectando la biografía de cada uno de los mortales; el azar es una constante en la vida de cada uno. El tercer elemento es la *libertad*, la cual es el horizonte abierto para el despliegue del ser del hombre. La libertad pregona el estado de abierto en el horizonte de posibilidad para la construcción del ser en el tiempo. El hombre puede adjetivarse a sí mismo como libre en virtud de que su vida no ha sido preestablecida ni por los dioses, ni por la naturaleza, sino que se ve todos los días compelido, por su propia naturaleza contingente e insuficiente, a reinventarse permanentemente.

Todo acto se da condicionado tanto por la necesidad natural como por el pasado irremediable de nuestro presente; sin embargo, el hombre no se atiene sólo a esta necesidad, sino que a partir de lo dado se despliega ese "lujo" buscador de los confines de su ser mediante la *praxis*. En toda acción se da una promoción positiva del sujeto, ya que participa afectiva y activamente de sus transformaciones: "El hombre aparece ahí como causante y como receptor a la vez: es el efecto primero de esa causa que es su propio acto" (Nicol, 2003: 31). La transformación que se opera en el ser del hombre no le viene ni le es impuesta por lo que le condiciona desde "afuera", sino que es promovida por su misma iniciativa. El ser del hombre no consiste sólo en "ser", sino en "poder ser": "La verdadera clave del proceso radica en una relación dialéctica, la que se establece entre esa causalidad natural, que es necesaria y la causalidad eficiente de la acción propiamente humana, esta integración dialéctica de la libertad y la necesidad" (Nicol, 2003: 32).

Afirmar que cada hombre es una diferencia, es aseverar que cada cual es diferente a cada instante respecto a sí y respecto a los demás. Esto puede entenderse toda vez que, a través de cada acto, el sujeto se trastoca en algo distinto de quien antes fue y respecto de lo que los demás son. Se sobreentiende

que aquí subyace un dejo de peligro en pos de la disolución del ser del hombre, pues si no acotamos bien los términos para el despliegue del ser, lejos de dar con la identidad personal, nos encontraremos ante un escenario caótico caracterizado por la fragmentación irreductible. No obstante, el peligro de la disolución adquiriría sentido sólo si la libertad quedara opuesta a la necesidad, cosa que no acontece en el pensamiento del autor catalán.

Por contraste a este peligro, Nicol nos proporciona una imagen en donde el ser del hombre, a pesar de su evanescencia y sus declinaciones singulares en el orden del tiempo, puede continuar siendo el mismo, en otras palabras, el ser del hombre como una unidad en el proceso del devenir. De esta forma, el proceso de cambio en el ser del hombre se explica por esta relación dialéctica entre necesidad y libertad. La necesidad es la plataforma para la libertad a propósito del modo en cada relación. El hombre cambia con cada uno de sus actos, pero este cambio no significa ruptura con el pasado, es decir, no por ser libre y cambiante se desprende de la necesidad (su pasado y su cuerpo biológico), sino más bien a través del presente queda rectificad su integración en el acto. Toda experiencia es presente, pero no hay presente sin pasado, como tampoco existe un presente sin proyección al futuro. Pasado y futuro se encuentran integrados en el presente de cada acción: el pasado queda integrado, en cuanto que constituye la condición del ser actual; así también, el futuro queda anclado al presente en cuanto que toda acción ha venido a ser posible, debido a ese abanico inagotable de posibilidades. La integración del futuro al tiempo presente puede entenderse en virtud de que toda acción posee un sentido, una intención (un anhelo apresurándose hacia el porvenir): la acción se encuentra enderezada hacia el porvenir. En la acción se encuentran imbricados inexorablemente presente, pasado y futuro conforme a la línea inmediatamente esbozada.

Esto nos conecta con el problema de la permanencia y el cambio, pero en el horizonte del ser del hombre. Si la forma del tiempo del hombre es la historia, en este sentido, según Nicol, historia es 'herencia' y 'transmisión', esto es, continuidad, sobre-seguimiento en el tiempo. La historia tiene una estructura dinámica por la cual el cambio implica y produce por sí mismo la permanencia, la continuidad, la unidad y la mismidad en el tiempo. La unidad histórica procede a la diversificación modal de las relaciones del hombre con lo otro. El pasado (ya) no es, el futuro (aún) no es: ambos momentos del tiempo adquieren sentido y quedan integrados sólo por el presente. Este no-

ser no es negativo, sino positivo, ya que le pertenece ontológicamente al ser; en el hombre el no-ser es su pasado como "sido" y su futuro como "ser aún no sido", que no es en acto; sin embargo, este no ser se integra en la estructura del ser del hombre a propósito del tiempo presente, es decir, el presente del hombre contiene íntegramente tanto el pasado como el futuro. A propósito de esto, Ortega también decía que "el hombre es lo que le ha pasado y ha hecho" (Ortega y Gasset, 2001: 55). Nicol asiente y completa la idea diciendo que el hombre es uno solo con sus posibilidades y sus hechos; en su obra no caben las disgregaciones ni las rupturas en la secuencia de la historia. La historia es vivida por cada uno, aun cuando se forja "comunalmente", por ello, es una unidad cuyo rostro se va afianzando con el tiempo.

En la concepción de Nicol no hay tensión entre el tiempo pasado y el tiempo futuro, sino una *integración* en el presente. La historia simultáneamente es una herencia, una transmisión y una innovación, en otras palabras, una asimilación de lo "pasado" otorgada, a su vez, al latente "porvenir" que se va traduciendo en "presente". El autor nos permite columbrar una conclusión aún más sugerente, basada en la idea de la imposible desarticulación o fragmentación del tiempo y la historia: *el presente de cada individuo contiene el pasado completo de toda la humanidad*, el cual será a su vez transmitido, en calidad de legado, al otro en la subsecuente generación para mantener la "tradición" y así reafirmar la unidad de la comunidad de la razón y la continuidad de la historia. De esta manera cada hombre es el resultado y producto de toda la historia, en tanto que esta última resulta indisoluble. Cada hombre es resumen y síntesis de toda la historia. Con cada sujeto, al desplegarse, la historia misma experimenta un incremento. Cada uno al incrementarse provoca el despliegue de la historia; esto es, mi esfuerzo revierte afectando por entero el despliegue de la comunidad de razón.

La unidad de la historia se reafirma por la diversidad del ser en el tiempo. Se diría que la historia encuentra su fundamento ontológico, es decir, antropológico en la contingencia, ya que ha sido, en el origen, producto derivado de la insuficiencia constitucional del hombre que es común y por la cual éste se ha vuelto un diálogo. La historia es unidad, porque de suyo es un "diálogo", el cual permite estructurar la secuencia de la tradición: "la actualidad ajena, sea pasada o presente, se abarca y se entiende como posibilidad propia. Sólo con esta apropiación puede establecerse diálogo con los contemporáneos, y mantenerlo con los predecesores" (Nicol, 2003: 28). La historia es un diálogo

que integra y reúne las posibilidades humanas, sin embargo, aun cuando es integrador, es incompleto, debido a que el hombre en su ser no está completo. De aquí se explica la necesidad de los contemporáneos de volver la vista al pasado para actualizarlo y luego transmitirlo a los que vienen. La insuficiencia ontológica del hombre es lo que explica finalmente el origen del 'lujó' buscador propio de un ser cuya naturaleza está caracterizada por la actuación, o sea, por la acción para poder ser.

La historia es un cambio consecutivo, esta transformación nos permite avizorar una suerte de permanencia en el mismo proceso. El cambio constante en la historia da su permanencia, la cual es producto de la evanescencia de los actos humanos. Vale la pena subrayar que *la permanencia va adquiriendo en cada singular la modalidad de mismidad*. En la fenomenología del ser del hombre existen tres conceptos que engarzan íntimamente y se continúan uno al otro: la permanencia (cambio), la mismidad (que se alcanza sólo en el tiempo) y la identidad (que es el rostro propio que cada cual, de acuerdo con su vocación y empeño, es capaz de alcanzar).

El hombre, a diferencia de cualquier otro ser, puede ganar para sí, en el proceso de su devenir y cambio temporal, su "mismidad". Las cosas son como son y no poseen alternativa. La mismidad es una "cualidad" que se va adquiriendo por las distintas situaciones y relaciones vitales. La mismidad va a dar de sí, en el proceso del despliegue del ser del hombre, la noción de identidad personal, esto es, podría entenderse como sinónimo de identidad personal.

Podría preguntarse, ¿cómo puede el sujeto ser el mismo, aun cuando siempre es distinto? Esto puede explicarse justo porque esta identidad, lejos de sustraerse al tiempo, se construye con trabajo mediante la integración de las diferentes declinaciones o diferencias del sujeto en el orden del tiempo. Este cambia integralmente con cada uno de sus actos, pero mediante esto adquiere para sí mismidad, es decir, una identidad personal. El autor catalán reitera la idea diciendo que *"la mismidad es la continuidad en la mutación, el hombre es el mismo siempre porque nunca es el mismo"* (Nicol, 1981: 118). Esto quiere decir que la mismidad humana es la regularidad de la mutación en el ser del hombre. La identidad personal no es una conclusión, sino un semblante en movimiento o en marcha. Puede verse, desde esta perspectiva, que el problema de la conciliación entre la permanencia y el cambio, lejos de representar una aporía, más bien se requieren recíprocamente para dar

cuenta de la mismidad o de la identidad personal. El autor catalán acota esta consigna diciendo que “las mutaciones humanas no se explican sin una permanencia radical: sólo se puede hablar de cambio refiriéndolo a algo que sigue siendo lo que es, mientras cambia” (Nicol, 2003: 16). En el ámbito de lo humano, la permanencia explica el cambio y viceversa; puesto que el cambio, siendo lo que permanece, permite ver la unidad de la versatilidad de las transformaciones del ser del hombre. La razón de la mismidad o permanencia en el ser del hombre es su transformación en el cambio mismo. El hombre siempre es otro sin dejar de ser el mismo, mejor dicho, permanece siendo el mismo, porque siempre es otro. Puede sostenerse que el hombre es portador de una identidad personal porque siempre es nuevo cada día y porque al cambiar su ser reposa.

Bibliografía

- González, Roberto (2010), “La idea de la historia y la estructura dinámica del ser del hombre desde el punto de vista de Eduardo Nicol” en, *Dikaiosyne*, 25, Año XIII, Julio-Diciembre.
- González, Roberto Andrés (2010), *Estructura de la ciencia y posibilidad del conocimiento a partir de Eduardo Nicol*, México, UAEM.
- Heráclito (2008), *Los filósofos presocráticos I*, versión castellana de Conrado Eggers Lan y Victoria E. Julia, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos.
- Heráclito (2009), Mondolfo Rodolfo, *Heráclito, textos y problemas de su interpretación*, versión castellana de O. Caletti, México, Siglo XXI Editores.
- Nicol, Eduardo (1957), *Metafísica de la expresión*, México, FCE.
- Nicol, Eduardo (1980), *La reforma de la filosofía*, México, FCE.
- Nicol, Eduardo (1981), *La agonía de Proteo*, México, UNAM.
- Nicol, Eduardo (1989), *Historicismo y existencialismo. La temporalidad del ser y la razón*, México, FCE.
- Nicol, Eduardo (1990), *Ideas de vario linaje*, México, UNAM.
- Nicol, Eduardo (1997), *La vocación humana*, México, CONACULTA.
- Nicol, Eduardo (2001a), *Crítica de la razón simbólica. La revolución en la filosofía*, México, FCE.
- Nicol, Eduardo (2001b), *Los principios de la ciencia*, México, FCE.
- Nicol, Eduardo (2003), *La idea del hombre*, nueva versión, México, FCE.
- Ortega y Gasset (2001), *Historia como sistema*, Madrid, Espasa Calpe.